

U. S. A. L.

DESCENDIMIENTO

DEL

SANTÍSIMO CUERPO DE JESUCRISTO DE LA CRUZ

EXHORTACION A LOS VARONES.—A vosotros, ¡oh nobles varones! os dirijo ya en estos últimos momentos mi voz, porque fungís en la mas triste y dolorosa escena que recuerda hoy la Iglesia anegada en lágrimas. Vosotros representais á dos hombres grandes, ilustres, sabios, y que eran de una bondad, de una fe y de una piedad conocida. A José de Arimatea noble Decurion, hombre rico, bueno y justo, á cuyos ruegos dió Pilato el cuerpo de Jesus: que era miembro del consejo de los judíos, pero que se habia retirado de él para gemir en secreto sobre la opresion del Justo, porque tenia las calidades de hombre de bien, fiel israelita y discípulo de Jesucristo. A Nicodemo, noble senador, príncipe de los judíos, que por la primera vez tuvo de noche con Jesus un largo discurso y de que supo aprovecharse: que habia ya sufrido insultos por amor de Jesucristo, en un conse-

jo, y que trajo para embalsamarlo una mistura de mirra y de aloe, como de cien libras. Representais, digo, á estos dos esclarecidos hombres, que unidos con los mismos afectos de religion, de fe y de amor, consagraron á Jesus sus últimos oficios y obsequios: que fueron como dos testigos del antiguo y nuevo Testamento en tan tierno espectáculo, á la manera que están reservados para el fin del mundo, en la consumacion del Evangelio, Henoc y Elías. Los demas que venís de acompañados y en forma de su familia hácia ese Santo lugar, sois sin duda como amigos ó á lo menos criados fieles suyos que les ayudaron en tan honrosa y fatigosa funcion.

SE POSTRAN ANTE LA VIRGEN.—Ea, pues, rendid todos juntos vuestros homenajes á la Cooperadora de nuestra redencion, á la afligidísima Virgen María, á la Madre del dolor y de la desolacion, y postraos humildemente á sus piés. Sacrificadle vuestro corazon y solicitud luego su permiso para desenclavar el cuerpo de su divino Hijo: así lo desean tambien con ansia San Juan y las Santas mujeres María Cleofas y María Magdalena, que están presentes. Ella os dará la llave para que abrais esa Arca santificada de la Ley nueva: ella os concederá que toqueis con vuestras manos ese dignísimo Tabernáculo de la Divinidad.

SUBEN AL MONTE.—Subid ahora al monte de la mirra, al collado del inciepo: no olvideis llevar consigo los instrumentos propios para quebrantar los duros clavos con que la impiedad fijó las manos y los piés de nuestro Salvador: comenzad á ascender de rodillas al través de la Cruz por las escalas, y besad

con profunda reverencia cada una de sus gradas. No oiséis recordar siquiera los distinguidos y honoríficos empleos que obteneis, dónde ha reinado la caridad, la obediencia, la paciencia, la humildad: elevaos hasta la copa de ese árbol santo de que pende el fruto de bendicion, de gracia, de gloria, de vida, de salud. ¡Oh monte Calvario, tú eres mas fértil que todas las montañas y campos del mundo, porque contiene el alimento que sustenta á todo el género humano! ¡Oh Cruz preciosa, tú eres la única esperanza y el refugio de los pecadores! ¡Oh Cuerpo Sagrado de nuestro Señor Jesucristo, muerto de amor, herido y ensangrentado, sálvanos!

CIENEN CON LA TOALLA EL CUERPO DE JESUS.—“Los soldados, habiendo crucificado á Jesucristo, segun refiere San Juan, cogieron sus vestidos ó hicieron cuatro partes, una para cada soldado; la túnica, como que era toda de una pieza, la sortearon para ver de quién era:” esta fué la causa de su vergonzosa desnudez, y de que no parecían sus vestiduras al tiempo de sus funerales. Y aunque es cierto que hoy día se adora esta misma túnica inconsútil en la Iglesia de Tréberis, tambien lo es, que fué rescatada posteriormente por la Santísima Virgen. Extended, pues, ¡oh Ministros del Señor! sobre ese Cuerpo despedazado esa sábana blanca y nueva, que fué comprada á expensas de uno de vosotros; es de lino, porque así convenia á la simplicidad de su sepultura, como prueba Santo Tomás de Aquino, y no de seda con oro ó piedras preciosas, como lo confirma con la autoridad de San Gerónimo. Por tanto, “siempre ha sido costumbre de la Iglesia, segun afirma el Venerable Beda,

que el Sacrificio del Altar no se celebre en un lienzo de seda ó en un paño de colores, sino en el lino tereno, así como el Cuerpo del Señor fué sepultado en una sábana limpia."

QUITAN EL RÓTULO DE LA CRUZ.—Quitad ese rótulo ó cartel que mandó fijar Pilato sobre la cabeza de Jesucristo, en la parte superior de la Cruz. Mostradle á este pueblo para que le contemple. Leed ahí, cristianos, con San Juan: "JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS." Notad que fué escrito en tres idiomas diferentes, en hebreo, en griego y en latin, para que todos lo entendiesen; todo el mundo, pues, lo sabe y encierra en sí este divino sentido: JESUS: ¡Hay nombre mas dulce, mas augusto, mas admirable! ¡Ah! con este nombre fué llamado por el Angel antes de ser concebido: "al nombre de Jesus se arrodilla, de grado ó por fuerza, toda criatura del cielo, de la tierra, y de los abismos." NAZARENO: ¡Hubo acaso algun Profeta de Nazaret! ¡Ah! ese Dios difunto que fué concebido en Nazaret, nacido en Belen, y criado en Nazaret. Hubo tambien cierta porcion distinguida de hombres que se llamaron Nazarenos, por la austeridad de su vida y la integridad de sus costumbres; sin embargo, ninguno de ellos ha podido compararse con ese perfectísimo Nazareno difunto, con el Hijo de Dios y del hombre que murió por salvar á los pecadores. REY DE LOS JUDÍOS: Los Pontífices de estos pérfidos é ingratos, como refiere el mismo Evangelista, decian á Pilato: "No escribas, Rey de los judíos, sino que él dijo: soy el Rey de los judíos." Pilato respondió: "Lo escrito, escrito." Por eso, pues, se quedó así, y tal letrero será siempre un monumento au-

téntico de la verdad. Jesus es ciertamente el Rey de los cielos y de la tierra, el Rey de los justos, el Rey de los escogidos, el Rey prometido á los judíos: Rey no solamente porque tenia este derecho de sangre, segun su genealogía, sino porque en los mismos tormentos era el Rey de la paciencia y de la humildad, el Rey de los Mártires, el Rey de los judíos.

Presentad ese misterioso título á su Santísima Madre, para procurarle, si es posible, algun desahogo. Ved, ¡oh Señora! toda la causa que ha hallado la envidia para la muerte del Hombre Dios. Consolaos si quiera con que ese título es glorioso á Jesucristo y á su Iglesia; alegraos de que vuestro Hijo ha adquirido con su muerte, para siempre tan honroso título, aunque repugnen leerlo sus enemigos. ¡Mas qué digo! ¡podréis acaso encontrar lenitivo en lo que ha sido instrumento de óprobio y de irrisión para Jesus! ¡Oh dolor! ¡motivos tenéis para sentir, no cabe duda: besadle, entre tanto, bien que en medio de penas y sollozos, y regadle con vuestras lágrimas.

QUITAN LA CORONA.—Desprended esa diadema de ignominia, esa corona de gruesas y enlazadas espinas que hirió la frente, las sienes y el cerebro de esa finísima cabeza. Os ha de costar trabajo desunirla, porque está estrechada en todo su derredor: bien conozco que participaréis tambien del dolor, porque sirviendo de horror á las manos sacrílegas, fué asentada con horquillas. Sí, ¡quién piensa que fué ceñida como un laurel ó una guirnalda! ¡Ah! lejos de esto, fué clavada con arte, apretada á viva fuerza y enterrada á golpes. Seguid, no obstante, vuestra santa empresa y mostradla al pueblo.

Mirad, cristianos, esa corona homicida, insignia de la de Jesucristo, que era de juncos marinos entrelazados, y tenia una multitud de largas y puntiaguadas espinas. Todavía se conserva, y venera en Paris un resto de esta sagrada corona, aunque sin las espinas. Apenas, pues, penetraron éstas en la divina frente, al tiempo del cruel divertimento de la coronacion, cuando se estremeció aquel Sacrosanto Cuerpo, arrojó sangre por ojos, narices y oídos, y corrió por todas partes: lo peor es, que le burlaban los impíos sayones hincándole la rodilla y diciéndole: "Dios te salve, Rey de los judíos." ¡Divino Jesús! nosotros os hemos puesto ese cerco mortal, os hemos ocasionado tan crueles dolores. Vos lo habeis sufrido para labrarnos con sus santas y sutiles puntas rosas de virtud y azucenas de pureza: Vos lo habeis llevado hasta la muerte para merecernos coronas de gloria.

Pasad esa corona de destrozos, ese conjunto de rígidas y agudas saetas á las manos de su acoogojada Madre. ¡Oh María! os va á coger de nuevo ese instrumento de barbarie de que jamas habian dado ejemplo las leyes mas severas del mundo. Observadle tenido en aquella Sangre Preciosa que él hizo derramarse desde lo alto del trono de la sabiduría y del alcázar de la virtud hasta el campo de la redencion. ¡Cómo, diriais, cómo los reyes de la tierra y tantos hombres malvados tienen adornadas las sienes con oro y piedras preciosas, y el que tiene escrito en el muslo "Rey de reyes y Señor de los señores," ha sido coronado de espinas! ¡Pueblo inconstante, cruel! ¡Sinagoga ingrata! vosotros habeis vuelto mal por bien. Con semejantes palabras desahogaria su dolor la afligida Madre teniendo á la vista tal objeto.

QUITAN LOS CLAVOS.—Ya es tiempo de desenclavar esas manos poderosas, esas manos justas, manos liberales y magníficas que premiarán á los buenos, y manos terribles que castigarán tambien á los malos. Mas ¡oh Dios! ¡qué es esto, que se dejan ver á esta hora pendientes del áspero madero, sin movimiento, sin fuerzas y sin vida! ¡Oh crueldad inaudita! ¡Oh atrocidades clavos!

PRIMER CLAVO.—Golpead con blandura ese primer clavo y descolgad poco á poco ese brazo derecho, esa mano de la misericordia. Con ella, ¡oh fieles! resucitaba Jesucristo á los muertos, daba vista á los ciegos, habla á los mudos, paso á los cojos. Con ella ha prometido su amparo y proteccion, bendecia los cielos y la tierra, bendecia y bendice el pan vivo del sacrificio; con ella bendecirá á su Iglesia en el monte de los Olivos, al punto de ascender á su Padre, y la bendecirá por siempre ahora que está elevado al mas alto punto de gloria.

SEGUNDO CLAVO.—Descargad en seguida los golpes del martillo sobre el clavo de la mano siniestra, y desprended esa mano de la justicia. No juzguemos, cristianos, que atravesada y destrozada como está, no ha de poder fulminarnos al abismo. ¡Ah! Allí está consultando, allí está despeñando á los mismos inicuos que la han herido hasta lo profundo de los infiernos. Ella, aun cuando existia en la mente de Dios, arrojó á nuestros primeros padres del paraíso terrenal; ella derramará al fin del mundo la copa de la ira del Señor sobre todos los que han corrompido la tierra; ella, cuanto será para estos mano de terror y espanto, será para los predestinados mano de fortaleza y de apoyo.

TERCER CLAVO.—Aplicad el martillo á ese tercer clavo de los sagrados piés, que ha sostenido todo el peso del Santísimo Cuerpo de Jesus. Considerad, ¡oh tiernos y devotos concurrentes, que al levantar los bárbaros ministros el madero de la Cruz en que estaba crucificado el Señor, lo dejaron caer de golpe en el agujero de una peña: en este instante se rasgaron mas sus llagas, se aumentaron mas sus dolores, y ese solo terrible clavo cargaba toda la carne inocentísima, y los huesos descoyuntados de nuestro Salvador. Aquí la lengua enmudece, y el corazon aun no es capaz de penetrar la inmensidad de tanto sentir. ¡Oh Crucificado Soberano! ¡Oh cruel patíbulo! ¡Oh lecho cruento del Señor de las virtudes!

Reunid ahora esos tres clavos y presentadlos al pueblo. “¡Oh fatales hierros! diré con un sabio, ¡qué mina os ha producido! ¡qué maligna fragua os ha formado! ¡Ah! si ellos pudieran hablar nos responderian: vuestra iniquidad ha sido nuestra mina, vuestras culpas nuestra fragua; si atormentamos á nuestro Hacedor es por vosotros.” “Mas estos clavos eran redondos, como dice San Bernardo, para que así las espinas, por sus puntas naturalmente agudas, como ellos por sus puntas no aguzadas, fuesen instrumentos mas dolorosos.” En verdad, pues, que nuestra carne, ¡oh Señor Dios! y no la vuestra, debía haber sido tratada de esa suerte; pero ya que no podemos sacrificarla como Vos sobre una Cruz real, la sacrificaremos á lo menos sobre una cruz de penitencia. Sean esos clavos flechas de vuestro amor para herirnos, llaves con que nos abraís las puertas del cielo.

Entregadlos á la Santísima Virgen, que casi muer-

re de amargura. ¡Ah! solamente podremos formarnos una idea, aunque imperfecta, del incomparable dolor de esta tierna Madre al recibir la corona y los clavos ensangrentados, si recordamos la afliccion del Patriarca Jacob al recibir la túnica ensangrentada de su hijo José. ¡Ay! exclamó este amante padre, informado falsamente por sus hijos del infausto suceso, y deshecho en lagrimas: “Una fiera pésima ha devorado á mi hijo José.” Con mayor razon y justicia, y no pudiendo articular palabra esta amantísima Madre, exclamó en lo interior de su bendita alma: Una fiera pésima, que es el pecado, despedazó hasta sobre el árbol de la Cruz, al Hijo infinitamente mas inocente, mas santo y mas digno de ser amado. Los llega, pues, á sus labios con santa conformidad, los besa y los adora con humilde rendimiento.

BAJAN EL CUERPO DE LA CRUZ.—Bajad ya, ¡oh piadosos Varones! ese Santísimo cadáver de Jesucristo de la Cruz, sosteniéndolo unos en lo alto, recibiendo otros en las palmas de las manos, y aplicándole los hombros y aun la espalda con el mayor cuidado. Bien hubiera podido descender solo el Cuerpo inmaculado del Señor Jesus por virtud de la Divinidad, bien hubiera podido descender por ministerio de los Angeles; pero no, el auxilio de los hombres era apto y proporcionado para probar la realidad de su Carne muerta en la Cruz y depositada en el sepulcro.

Llebad á los brazos de esa tiernísima Madre ese su difunto Hijo, para que estrechándole sobre su corazon pueda recibir algun alivio en medio de tan grandes angustias. Mirad, ¡oh Virgen Santa! ese cadáver yerto, ensangrentado; besadle una y mil veces. De un

golpe habeis perdido al Hijo Predilecto de vuestras entrañas, á vuestro Padre amabilísimo, á vuestro Esposo carísimo. Vedle, no como en Belen, precioso, bello y rodeado de resplandores, sino como un leproso, humillado por la justicia de Dios y casi del todo desconocido. ¡Ay dolor! cuando fué atado no pudisteis soltar sus ligaduras; cuando fué herido no pudisteis ligarle; cuando corrió su sangre no la pudisteis restañar. “Toda sois hiel, toda sois mirra, diré con San Buenaventura.” Enjugad á lo menos con vuestros labios la sangre helada que le cubre; regad con torrentes de lágrimas ese rostro divino, esas adorables llagas, ese costado abierto. Acérquese tambien San Juan al Sagrado Cuerpo y fije sus labios en el divino pecho de su Maestro, en que un día antes se había recostado y donde se depositan los inefables secretos del Eterno. Acérquese la Magdalena á los piés que lavó con sus lágrimas y enjugó con sus cabellos diciendo: “Aquí encontré la remision de mis pecados, aquí hallé la salud de mi alma.” Acérquense las otras Marías, y asiéndose de las divinas manos, bendíganlas y aclámenlas por instrumentos sacrosantos de inmensos beneficios. Exclamen todos abandonados al mas amargo llanto: ¡Oh ingratitud de los hombres! ¡Oh bondad infinita de Dios! Hubiera querido la Virgen María morir abrazada con el objeto de su amor; pero era fuerza obedecer y sujetarse á las órdenes del cielo.

Apartadle, pues, ¡oh Varones! de los ojos de esa Madre agonizante, y enseñadle al pueblo. Jesucristo muerto, habla hoy al pueblo judío con una voz muda, pero patética, enérgica y penetrante: “¡Pueblo mio! ¡Qué te he hecho ó en qué te he ofendido? Respon-

deme.” Tú has sido mi pueblo y yo tu Dios que te guiaba como de la mano por la senda de la verdad y de la justicia: tú me has crucificado hoy, y yo te dejo todo el tesoro de mis merecimientos. Sin embargo, no vendrás á parte del sacrificio de la reconciliacion por tu totalidad, porque tú mismo te has encruelecido y has clamado ante Pilato: “Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.” ¡Qué maldicion! ¡qué desgracia! Con todo eso, por un efecto de mi bondad me compadeceré de tí y entrarás en mi herencia al fin de los siglos. Oye tú tambien, ¡oh pueblo cristiano! su elocuente voz con otro acento, pero semejante: “¡Pueblo mio! ¡Qué te he hecho ó en qué te he ofendido? Respóndeme.” ¡No os he llamado y escogido entre una multitud de pueblos y naciones! ¡No os he promulgado mi Evangelio por mis Apóstoles y Ministros! ¡No os he dado mis Sacramentos! ¡No os he dado á gustar en alimento mi propio Cuerpo y mi misma Sangre! Pero vosotros, lejos de lavaros con mi Sangre, que es el precio y mérito de mi pasion, no quereis creer mis verdades; no quereis guardar mis mandamientos; no quereis mis sacrificios; rehusais recibir mis Sacramentos. ¡No es así, pueblo mio! Respóndeme.

LE LLEVAN AL SEPULCRO.—En fin, ¡oh Santos Varones José y Nicodemo! ya que habeis bajado de la Cruz esa Víctima de amor, ese cadáver desangrado, aplicadle lienzos con aromas, envolvedle bien en esa sábana limpia y conducidle al sepulcro. Ponedle en ese monumento nuevo excavado en la Peña y en que aun no se habia enterrado alguno. Colocadle con prudente miramiento, y cubrid la boca de esa tumba san-

tificada con una grande losa. ¡No quisierais tambien vosotros, cristianos, moriros hoy mismo y ser sepultados despues de haber imitado al Señor! ¡Ah! ¡Todavía menospreciáis las abundantísimas gracias de la fuente inagotable del costado abierto de Jesus!... Pues decid en tal caso: adios, Jesus, adios, Paraiso, adios, Angeles, adios, Santos del cielo que no hemos querido amar. Pero no, no sea así, ¡oh Dios mio! que ellos desean derrameis en su alma el bálsamo fragante de vuestra Sangre preciosa; ellos os piden con fervor que los confortéis con ese vino celestial y que los reguéis con esa agua vivificante de vuestro sacro pecho. Arrepentidos vuelven á Vos y claman de lo íntimo de su corazon: SEÑOR MIO JESUCRISTO, &c.

NOTA: Si el órden de la ejecucion del Descendimiento no formare alguna parte del discurso del orador, podrá pasar del fin de su sermón á él, con esta transicion ú otra semejante: Supuesto que la Santa Iglesia practica en esta tarde, para edificacion nuestra, la ceremonia del Descendimiento del Sagrado Cadáver de Jesucristo de la Cruz, descorred, ¡oh sirvientes de este augusto templo! ese velo, en memoria del que se rasgó de alto á bajo en el Santo de los santos del des Jerusalem; y aparezca la Imágen de Jesucristo crucificado y muerto á vista de este pueblo cristiano.

OTRA: Parece mas natural que los instrumentos de la pasion que los Varones van separando de la Cruz y de la Santa Imágen del Cuerpo de Jesucristo Crucificado, se presenten cada uno de ellos primero al pueblo, y despues ante la Imágen de la Virgen María para evitar confusion. Por el contrario, es mejor que despues de bajado el Cuerpo del Señor del madero se represente, que se muestre antes á la Virgen y despues al pueblo para exhortarlo, y colocar el Sagrado Cadáver como en el sepulcro en su urna.

OTRA: En algunas parroquias se observa que los Varones, al

tiempo del descendimiento, aplican lienzos al rostro de Jesucristo y los enseñan al pueblo como imágenes suyas estampadas con su Sangre. No se sabe de dónde traiga origen esta costumbre. El Abate Bergier, en su Dicionario Enciclopédico de Teologia, tomo 10, pág. 128, y en la explicacion de la palabra Verónica, reconoce por verdadera la representacion del semblante de nuestro Salvador impresa en un lienzo ó pañuelo, que se reserva en San Pedro de Roma, aunque no se sabe en qué tiempo comenzó á ser honrada. Asimismo refiere, que algunos creen que este lienzo es el sudario que se puso sobre el rostro de Jesus en el sepulcro: que otros se persuaden, aunque sin fundamento y por una mera opinion vulgar, que es el lienzo con que una piadosa mujer de Jerusalem limpió el sudor del semblante de Jesucristo cuando iba al Calvario con la Cruz á cuestas. Unos llaman Verónica y otros Berenice á esta pretendida santa mujer, á quien jamas ha reconocido la Iglesia. De todos modos parece que no se debe hablar de esto, mucho menos que se haga esta ceremonia en el acto del Descendimiento, sino que mas conviene omitirla.